



El caos de la ciudad en la literatura

Lizeth Dayana García Quintero
Universidad del Tolima

Mario Mendoza es un escritor bogotano nacido en 1964, que se ha interesado por escribir sobre esa Bogotá multifacética, que para él es una ciudad Gótica y que en sus palabras es una cebolla con múltiples capas. En el libro *Scorpio City* el escritor transfigura la realidad y nos acerca a la historia de un detective que termina encargado de una investigación sobre crímenes desarrollados en los suburbios de la ciudad; a través de los ojos de Leonardo Sinisterra enseña poco a poco las diferentes facetas de una ciudad en las que confluyen todas las clases sociales colombianas.

Como ya se sabe, Colombia ha sufrido uno de los conflictos armados más largos de su historia, lo que ha llevado a migrar a muchos individuos del campo a las ciudades. Según el artículo *Emigración y Éxodo en la Historia de Colombia* por Hermes Tovar (2006), desde finales 1984 hasta 1994 se desplazaron setecientas mil personas, y desde 1995 hasta 1999 migraron un millón setecientas noventa personas; así, pues, hubo un proceso de migración del campo a las ciudades y, en algunos casos, se vieron obligados a salir del país y pedir asilo político, lo que los hace perder, de alguna forma, la posibilidad de

evocar a partir de lugares sus memorias más profundas. Sin embargo, podrían refugiarse en la literatura debido a que, como expresa Cruz (1995): “la literatura suele salir en defensa de ese sujeto humano desposeído mediante su usual proceso de evocaciones” (Pág. 171)

Mendoza les brinda a los lectores, con su minuciosa descripción, la posibilidad de acercarse a los rincones de Bogotá, recorrerla, sentir sus fétidos olores en ciertas partes o simplemente rememorar y evocar.

“Caminó por la Carrera Séptima hacia el sur. El aire de la noche estaba limpio. Vagos, pordioseros, recicladores con sus carretas de madera y sus perros, locos, proxenetas, maricones en cacería, putas, solitarios, insomnes, alcohólicos, drogadictos: la fauna nocturna del centro de la ciudad en plena acción.” (Mendoza, M. 2011, Pág. 15).

En este escenario prima una percepción de ciudad vista como algo más que una simple estructura y pasa a ser un espacio en el que confluyen múltiples pensamientos y utopías; para Cruz la ciudad es “Una estructura eminentemente cultural. Objeto, por tanto, de diversísimas miradas. Entre ellas, la mirada literaria.” (Cruz, F. 1995, pág. 168).

Ahora bien, la modernidad ha traído consigo múltiples transformaciones en las relaciones de los sujetos y, aún más, en su forma de ver los espacios públicos, los cuales pasan a ser, en palabras de Cruz, “un lugar de exhibición” (pág. 174); empiezan a surgir nuevas formas de ser en sociedad y nace el nomadismo urbano que para

Cruz (1995) es “El habitante de la ciudad que sale de paseo por calles, plazas y avenidas, un poco a la deriva o con destino preciso aunque siempre de regreso a su original punto de partida” (Pág. 174).

Los nómadas urbanos transitan por las calles ensimismados, sin un destino, sólo deambulando. Mendoza, a través de la voz del narrador, describe un momento en el cual el detective Sinisterra se encuentra vagando por Bogotá sin tener un lugar al cual llegar, está solo y enajenado.

“Sinisterra llegó a la Avenida Caracas sin llamar la atención, como un vagabundo más extraviado en la noche bogotana, y volteó a la derecha. Al llegar a la Calle Veinte un grupo de travestis que había tomado posesión de toda la esquina, incluida la cera norte, le impidió el paso. No tuvo problema. Saltó el separador de la avenida, caminó hasta la estación de gasolina de la Calle Veintidós, y bajó hacia el occidente, con las montañas a su espalda.” (Mendoza, M. 2011, Pág. 110-111).

La ciudad es, entonces, un espacio en el que convergen diversas emociones; ella tiene sus colores, olores y matices; por ejemplo, cuando pensamos en Bogotá, recordamos diferentes espacios, sus olores nos hacen evocar la entrada a dicha ciudad; a su vez, la capital, vista desde los noticieros, nos hace pensar en caos y desorden (aunque no la hayamos visitado) debido a las múltiples imágenes que nos enseñan a diario y a todo lo que nos cuentan quienes han estado allí. En ese orden, existe en el relato literario la facultad de transmitir dichas sensaciones al lector. En palabras de Cruz “La literatura, hija sustancial de la vida, también registra de manera precisa esta otra dimensión de la ciudad.” (Pág. 185). Podemos, entonces, continuar con la lectura de la novela en el momento en el que se lee el diario del Apóstol, uno de los personajes del libro: “Decidí, entonces, dirigirme a uno de los basureros de los barrios altos, y allí, en medio de un hedor nauseabundo, me senté apesadumbrado. Las ratas pasaban cerca de mis piernas.” (Mendoza, M. 2011. Pág. 33). El escritor logra transmitir los olores y las sensaciones de estar en un basurero y vislumbrar a Bogotá mientras se está en completa soledad.

Por otro lado, existe en las ciudades polifacéticas una historia en las que, según Cruz (1995) coexisten diversas culturas y estilos de vida que generan caos; para Mendoza, esas culturas se ven en los diversos niveles de la ciudad como un cúmulo de capas que entran en convergencia en lo que para Mendoza es “una cebolla” y para Cruz “un laberinto” en el que coexisten “a la brava” los sujetos.

La teoría de Cruz se puede evidenciar a lo largo de la novela de Mendoza, debido a que brinda la oportunidad de evocar y sentir esa ciudad caótica en cada parte del libro, se evidencia la vida de los vagabundos, las prostitutas, los religiosos, los policías, los políticos y, así, todas las esferas económicas de una ciudad, y se observa la ciudad laberinto o cebolla. Para ambos autores existe una ciudad del fin del Siglo, en la que convergen en un mismo punto todos los círculos sociales; para Mendoza, todas las ciudades del mundo se convierten en las ciudades tercermundistas, y lo expresa en su libro a través de Simón Tebcheranny, quien, según la obra, sería el escritor de la novela: “la ciudad tercermundista es el arquetipo: caos, violencia, cordones de miseria, vagabundos nómadas en busca de alimento, niños asesinos y asesinados, habitantes de las alcantarillas, multitud de dementes por las calles...” (pág. 150)

En palabras del autor:

La ciudad del Fin del Siglo, laberíntica y plural, escenario de múltiples e insólitas migraciones y coexistencias a la brava y teatro donde sus actores ya no van por el mundo cargados sólo con el peso de la ausencia del sentido y la desesperanza, sino con el miedo propio derivado de la inminencia del crimen invisible y anónimo rostro de sus protagonistas. (Cruz, F. 1995, pág. 203).

Para concluir, la ciudad es, entonces, un espacio en el que conviven diversas culturas, que, si bien pueden abrir las posibilidades para intercambios, también pueden generar caos por las diversas formas de entender la misma y las ganas de transformarlas a su antojo.